





proceso de degradación que sufre Gregor Samsa.

## ENTRE LO TERRESTRE Y LO ESPIRITUAL

Antes de convertirse en un espacio líquido, las funciones del dormitorio acogían todas aquellas prácticas relacionadas con el descanso y la autorreflexión. Aparte de custodiar los sueños de sus dueños, la habitación también ha sido y es santuario del amor, de la fe, de la creación e, incluso, de la muerte. Todos estos acontecimientos que ocurren en el dormitorio tienen en común que reconocen



## Además de custodiar los sueños, la alcoba ha sido y es santuario del amor, de la fe, la creación, incluso de la muerte

la estancia como una especie de puente entre el mundo terrestre y un mundo más bien de carácter espiritual u onírico. En el acto sexual, el dormitorio desaparece y el único espacio que queda es el del cuerpo del otro, fuente de placer y, por un instante, de liberación del mismo cuerpo y del mundo. Como diría Gabriel Ferrater en su poema *Úter*: “Parts del seu cos, no les més íntimes/ però parts del seu cos, s’han escampat/ i repartit pels quatre o vint cantons/ d’aquesta cambra. I ara visc/ tot encladat dins la cosa que estimo”.

En los monasterios renacentistas y barrocos, cada religioso tenía una celda individual y austera donde, además de dormir, buscaba agrandar su alma mediante la oración. Figuras como santa Teresa plasmaron en su literatura cómo la plegaria realizada en la soledad de su habitación permitía la comunicación con Dios: “Vivo ya fuera de mí/ después que muero de amor;/ porque vivo en el Señor,/ que me quiso para sí;/ cuando el corazón le di/ puse en él este letrero:/ que muero porque no muero”. Vivir fuera de ella misma implica sentirse abrazada por los brazos de Dios, liberada de las paredes de la alcoba. De nuevo, hemos pasado de un espacio mundano a otro místico e indefinible. Pero si hay un personaje religioso que la historia del arte ha vinculado es-

trechamente con la alcoba es la Virgen María: tanto su nacimiento, plasmado en lienzo por pintores como Giotto en la capilla Scrovegni de Padua, como la Anunciación han sido representados como escenas de carácter doméstico, ambientadas en el interior de un dormitorio.

El dormitorio también cobra protagonismo en el proceso creativo. En la escritura, el aposento nos transporta al mundo de la memoria y la imaginación. Citando a Marcel Proust: “Al final, ya no se escribe bien nada más que en la cama (...) Las paredes de la habitación son porosas al sueño y sus muros son como los de las pirámides, amurallados hacia fuera y enteramente orientados hacia su deslumbrante interior”. La escritura como viaje de introspección, reforzado por los muros del dormitorio, ha mutado hacia la permeabilidad de las habitaciones de los creadores actuales, quienes se enfrentan al ruido y a la distracción constante de la red. El silencio y aislamiento del proceso creativo se han visto perturbados por los constantes *inputs* de las nuevas tecnologías.

Durante siglos, la alcoba ha sido la primera y última estancia de la vida. De nuevo, una pasarela que conduce desde el dormitorio a un lugar que, para todos los que todavía estamos vivos, es un misterio. *Gritos y susurros*, de Ingmar Bergman, narra los últimos días de Agnes, una mujer de mediana edad que sufre un cáncer de útero avanzado y que espera la muerte tumbada en la cama, acompañada de sus hermanas. Hasta no hace mucho, la muerte era un ritual donde el escenario era la estancia del enfermo y venía acompañado por la familia, el médico y el cura. Si la medicalización de la salud ha trasladado el calor íntimo de esta espera a la impersonalidad de los hospitales, la pandemia, además, ha intensificado esta frialdad y ha privado atrozmente al enfermo de la cercanía de los suyos.

## ESPACIO DE REPRESENTACIÓN

El siglo XX empezó con un Kafka reivindicativo: “Yo no puedo dormir más que solo y en una habitación propia. No puedo soportar la vida en común con la gente”. La necesidad de poseer un espacio personal dejó de ser un deseo para convertirse en un reclamo; Virginia Woolf, por su parte, demandaría una habitación propia donde las mujeres pudieran desarrollar sus inquietudes artísticas. Un siglo más tarde, con la llegada de internet y de la pandemia, el término *cuarto propio* se nos queda corto: ahora debe estar conectado.

El confinamiento ha comportado que nuestro dormitorio sea el telón de fondo de TikToks, reuniones laborales o simples videollamadas con amigos. Esto ha conducido a que una de las nuevas funciones de este espacio personal sea la constante representación y presentación del yo en el mundo virtual. Si había un espacio en el que no teníamos que preocuparnos por nuestro modo de hacer y vestir, era la alcoba. Cuando hacemos videoconferencias peinados, con camisa, pero con pantalones de pijama, se evidencia esta invasión que se está produciendo de la esfera pública en la privada y que la pandemia ha intensificado.

Sin embargo, lo más peligroso de esta constante representación en redes es que está sujeta a la lógica capitalista: como señala Remedios Zafra, *ser implica tener* (más amigos, más *likes*, más visitas...). El artista Jasper Elings lo representa en *Flashing in the mirror*, un vídeo realizado con fotos encontradas en internet de personas en el espejo. En el montaje el flash se mueve circularmente, asociando así la exposición online a un deseo y una práctica sin límites. Una conexión 24/7 que sigue los ritmos del mercado y que intenta convertir los espacios que antes dedicábamos al descanso y al yo en producción y consumo. ¿Es posible devolver a nuestros cuartos propios, ahora conectados, la quietud que reclamaba Pascal? |